

V Jornadas de Sociología de la UNLP. Universidad Nacional de La Plata. Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación. Departamento de Sociología, La Plata, 2008.

Compañeros de ruta, reencuentro de ex presos políticos cordobeses .

Cañas , Andrés y Galarza, María del Rosario.

Cita:

Cañas , Andrés y Galarza, María del Rosario (2008). *Compañeros de ruta, reencuentro de ex presos políticos cordobeses*. V Jornadas de Sociología de la UNLP. Universidad Nacional de La Plata. Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación. Departamento de Sociología, La Plata.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-096/41>

ARK: <https://n2t.net/ark:/13683/edBm/QaH>



Esta obra está bajo una licencia de Creative Commons.
Para ver una copia de esta licencia, visite
<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/2.5/ar>.

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite:
<https://www.aacademica.org>.

V Jornadas de Sociología Universidad Nacional de La Plata
Mesa: J 3 La Dictadura, Memoria, Derechos Humanos y Justicia
Título: Compañeros de ruta, reencuentro de ex presos políticos cordobeses
Autor: Maestrando: Andrés Cañas UNVM *
En Colaboración: Dra. María del Rosario Galarza UNVM **

ABSTRACT

The purpose of this work is to investigate the motives, longings, dreams, and desires that led this group of ex-political prisoners in their early twenties to meet weekly at the “Luz y Fuerza” syndicate’s location in Córdoba. We chose to interview those who appeared to be more participative or more explicit; we strived in the selection to sample an equal number of members from the two main organizations of the past: “Montoneros” and “Partido Revolucionario de los Trabajadores”. The carefulness in the selection is ingrained in the subcultures which emerged from the organizations. Another aspect considered is the issue of gender - men and women, included in an equitable ratio, became narrators.

There were about two thousand detainees in the midland city because of political reasons since the dictatorship initiated by Jorge Rafael Videla. Social curiosity is incited by the scarce number of former victims of reprisal who constitute the commission of political prisoners. Among other tasks the commission petitions from the authorities claiming a vindication due to their condition as ex-prisoners, organizes social and political events, manages ex-detention centers now converted into “museums of memory”, advocates trials against the repressors, and issues publications.

We attended weekly meetings, barbecues, “locreadas”; we applied participative observation in the research. Our participation took place in events, in sharing rounds of ‘mate’ at the house of those interviewed, in intimate coffee sessions; and by a phenomenon of indexicality in relation to the ideological discourse we were able to make progress into the depth of the conversations. Beside the in-depth interviews, we analyzed journalistic data and material written by the detainees; when the emotions of the interviewed hindered conversation, in some cases, we were referred to personal notes on the topic. The facts of having participated in the political life and of having relatives who had fought together with the victims of reprisal contributed to our research. In spite of that, it wasn’t easy to get to subjectivities that had been long shielded. Mead Gregory and Erving Goffman helped us along the way to the ‘selves’ recognition in the dramatization performed at the premises of “Luz y Fuerza”.

COMPAÑERO – SELF- MILITANCY – SUBJECTIVITY - DAILY LIFE - REVOLUTIONARY MORALE

RESUMEN

El propósito de este trabajo es investigar los motivos, anhelos, sueños, deseos que llevan a un grupo de entre 20 y 25 ex presos políticos a reunirse semanalmente en el local del sindicato Luz y Fuerza, Córdoba. Optamos por entrevistar a quienes daban la sensación de ser más participativos o más explícitos, en la elección procuramos que hubiesen casi por igual miembros de las dos organizaciones mayoritarias en el pasado: Montoneros y Partido Revolucionario de los Trabajadores. El celo a la hora de elegir se entronca con las subculturas que emergieron de las organizaciones. Otro aspecto observado es la cuestión de género, mujeres y hombres, equitativamente incorporados, se constituyeron en narradores.

En la ciudad mediterránea hubo alrededor de dos mil detenidos por causas políticas a partir de la dictadura que iniciara Jorge Rafael Videla. La curiosidad social es acicateada por el número exiguo de ex - represaliados que constituyen la comisión de presos políticos, que entre otras tareas peticiona ante las autoridades solicitando reivindicaciones a raíz de su condición de ex detenidos, organizan eventos sociales y políticos, gestionan los ex centros de detención convertidos en “museos de la memoria”, impulsan los juicios contra los ex represores, editan publicaciones.

Concurrimos a las reuniones semanales, a asados, “locreadas”; empleamos en las investigaciones la observación participante. La participación se dio en eventos, en compartir ruedas de mate en la casa de los entrevistados, íntimas ruedas de café, por un fenómeno de indexicalidad en relación con el discurso ideológico pudimos avanzar en la profundidad de la conversación. Además, de las entrevistas en profundidad, analizamos material periodístico y material escrito por los detenidos; cuando la emoción del entrevistado dificultaba la conversación, en algunos casos nos remitieron a elaboraciones suyas sobre la situación planteada.. Nos favoreció, en el trabajo, el hecho de haber participado en la vida política, y el tener familiares que lucharon junto a los ex - represaliados. A pesar de ello no fue fácil llegar a subjetividades que hacía largo tiempo se hallaban abroqueladas. Mead e Erving Goffman nos acompañaron en el camino de reconocimiento de los selfs en la dramaturgia montada en el local de Luz y Fuerza.

COMPAÑERO – SELF- MILITANCIA –SUBJETIVIDAD-VIDA COTIDIANA-MORAL REVOLUCIONARIA

*caniasandres@hotmail.com

** rosariogalarza@hotmail.com

“...nadie va a misa porque ha leído a Santo Tomás ni incluso a San Mateo, así como nadie se vuelve comunista porque ha leído a Marx o a Lenin (...). El camino se recorre en sentido inverso: del compromiso a sus razones, de la adhesión a sus motivos” (R, Debray, 1981)

Calle Deán Funes, a dos cuerdas de la Cañada, local de Luz y Fuerza, un sindicato cargado de historia en sus pliegues. Edificio de cinco pisos, a los que se accede transitando una escalinata, luego una explanada, y finalmente una gran puerta central.

A ambos lados de la escalera se yerguen dos palmeras, que tornan inconfundible el local. Dos palmeras símbolo de la casa del Gringo Tosco, dos palmeras que allá por los setenta aparecieron en cuanto imagen reflejó las luchas de los cordobeses. El movimiento de las palmeras parece traer voces, cantos, de otros tiempos. Otros tiempos que viven en la subjetividad de los ex presos que se reúnen en la casa del Gringo.

Tercer piso del local del sindicato. Sala de reuniones de la Comisión Directiva. Habitación amplia; en el medio de la sala, una mesa grande cubierta por un vidrio. A los costados, muebles; armarios hechos con madera de roble, de una clásica simplicidad, acogen libros donde sus autores desarrollan la historia del movimiento obrero. Al fondo, sobre lo alto de la pared, la fotografía del “Gringo” Tosco preside este ámbito.

En ese local se reúnen todos los sábados entre 20 a 25 ex presos políticos. Se saludan con afecto al llegar y encontrarse, hablan –generalmente- en voz baja. Quizás el lugar los cohiba, ya que se muestran muy ceremoniosos, actitud que no los priva del intercambio de sonrisas y bromas. Las ropas denotan una condición económica humilde; las conversaciones son las típicas de los trabajadores politizados, no se escucha una elaboración teórica profunda, aunque sí se puede vislumbrar a gente acostumbrada a escudriñar en su contexto político con ojos críticos.

El pasado es una argamasa que moldeó personalidades, momentos de la historia. Una argamasa sólida, perenne. Finales de los '60, años de utopías y convulsiones. Utopías y convulsión que se extendían desde El Caribe hacia el Sur.

Córdoba. ¿Por qué la Córdoba del Cordobazo? Agustín Tosco dio la respuesta: *“Córdoba no fue engañada por la denominada revolución argentina. Córdoba no vivió la “expectativa esperanzada” de otras ciudades. Córdoba jamás creyó en los planes de modernización y de transformación que prometió Onganía, Martínez Paz, Salimei y Ferrer Deheza y luego Borda, Krieger Vasena y Caballero. La toma de conciencia de Córdoba, de carácter progresivo pero elocuente, es bastante anterior al régimen de Onganía. Pero se expresa con mayor fuerza a partir de julio de 1966”*.¹

Tosco evocó el impulso hacia la acción que representó para la juventud y los sindicatos la reivindicación de los derechos humanos – inspirada principalmente en las Encíclicas Papales de Juan XXIII- y la conciencia de la necesidad de liberación frente a la dictadura consolidada por Onganía a partir de la usurpación del poder.

Frente a la pasividad de la Confederación General del Trabajo, a nivel nacional, que evidenciaba su “filosofía participacionista”, desde el Sindicato de Luz y Fuerza, en Córdoba, se alzaron voces contra la represión de la Dictadura, muy tempranamente, desde agosto de 1966. Sucesivos documentos del sindicato liderado por Tosco advirtieron sobre cuáles eran las bases de un plan económico, que bajo la máscara de la libertad económica dirigía la economía del país hacia el sometimiento ante los grupos económicos transnacionales, cuya finalidad se centraba en la libre explotación de los pueblos subdesarrollados. La quiebra de la industria nacional y el traspaso del patrimonio estatal a manos extranjeras serían el correlato del amanecer neoliberal. En un documento de octubre de 1967 el sindicato de Luz y Fuerza, Córdoba, concluía que ese plan trazado *“es contrario a un auténtico desarrollo, apunta contra el nivel de vida de la población, sirve a los grupos de la reacción y del privilegio, compromete el porvenir del país y lesiona la soberanía nacional”*.²

Las muertes de Santiago Pampillón, Juan José Cabral, Adolfo Bello y posteriormente de Domingo Mena sellaron la alianza obrero-estudiantil que se manifestó en las calles. El gremio del Gringo Tosco en marzo de 1969 dio a publicidad la denominada Declaración de Córdoba, donde enumeran los errores de la administración pública cordobesa, al servicio de los círculos del privilegio económico y financiero y en detrimento de los derechos de la población. Corresponsabiliza a la dictadura de Onganía de estas *“iniquidades públicas”*, que obligaban a

¹ Carta de Agustín Tosco sobre El Cordobazo. Sitio oficial de la CTA Nacional. www.cta.org.ar

² Ibidem.

la clase trabajadora cordobesa “a actuar cada vez más unida y enérgicamente para lograr la instauración del ejercicio pleno de los derechos y garantías que pertenecen inalienablemente a los trabajadores y ciudadanos, y a la práctica de la función gubernativa en un plano de dignidad y de real interpretación de las aspiraciones del Pueblo”.³ Los genocidas comenzaban a dar sus primeros pasos; una “brigada fantasma”, integrada por policías, intimidaba a militantes y perseguía a supuestos delincuentes; el accionar parapolicial contribuía a enardecer al pueblo de Córdoba.

Un 29 de mayo de 1969 estalló la caldera: el Cordobazo, definido por Tosco en estos términos: “El Cordobazo es la expresión militante, del más alto nivel cuantitativo y cualitativo de la toma de conciencia de un pueblo, en relación a que se encuentra oprimido y a que quiere liberarse para construir una vida mejor, porque sabe que puede vivirla y se lo impiden quienes especulan y se benefician con su postergación y su frustración de todos los días”.⁴

Después vendría la guerrilla. . Amanda Peralta, fundadora de las Fuerzas Armadas Peronistas (FAP) analizó los cambios producidos en la vida y concepciones de los militantes al desarrollar la lucha armada:

“En general, en todos los procesos guerrilleros prima la visión voluntarista de acortar los plazos. Digamos que es la versión de izquierda de los que es el golpe para la derecha. Yo no creo que se pueda negar la existencia de procesos violentos. Incluso, en gran cantidad de casos la violencia es un arma de las masas. Pero hoy diferencio esa problemática de la concepción de guerra, así como diferencio entre lucha de clases y guerra de clases.

Hay una visión acrítica de los procesos de guerra. Se hace una asimilación de lo ineludible con lo legítimo. No podemos plantearnos erradicar las guerras a través de fomentar las guerras. En 1973 esta confusión era muy grande porque allí la violencia no era necesaria. Sucede que la concepción foquista se formó con dos componentes: el nacionalista –con todos los valores patrióticos, los héroes, el sacrificio- y la concepción marxista de la lucha de clases como motor de la historia. Esto dio un cóctel explosivo. Tendíamos a ver la violencia como heroísmo y como valor proletario y socialista. Ahí estaba la idea; cuantos más milicos limpiemos más cerca estaremos del socialismo. El problema es cuando descubris que no podes hacer una guerra sin militarizarte, sin volverte un militar. Fijate que para nosotros el concepto de lo militar, tan odioso para cualquier viejo anarquista o socialista, llegó a perder el carácter negativo. Hacer política era “militar”. Lo “militar” era lo más valioso de las organizaciones foquistas. Después llegaron los grados, los ascensos, las formaciones militares. Lo más triste es que todo esto se vivía como valores socialistas. Ese militarismo pasó a deformar el pensamiento político. ¿Hay algo peor para el desarrollo de una discusión política seria, honesta, profunda, que la subordinación militar? Yo creo que hoy debemos poner todo esto patas para arriba”.⁵

Se sucedían o superponían las maniobras políticas de Perón, los sucesos de Ezeiza, la Primavera Camporista, la lucha en los montes tucumanos, el rodrigazo, el genocidio...En esa fragua se forjaron como militantes los ex presos que en la actualidad se reúnen los sábados en la casa del Gringo Tosco.

El propósito de este trabajo es investigar los motivos, anhelos, sueños, deseos que llevan a un grupo de entre 20 y 25 ex presos políticos a reunirse semanalmente en el local del sindicato Luz y Fuerza, Córdoba. Optamos por entrevistar a quienes daban la sensación de ser más participativos o más explícitos, en la elección procuramos que hubiesen casi por igual

³ Ibidem.

⁴ Ibidem.

⁵ Revista Los '70. *El guevarismo en La Argentina*. Año 1 Número 7. Bs. As.

miembros de las dos organizaciones mayoritarias en el pasado: Montoneros y Partido Revolucionario de los Trabajadores, el celo a la hora de elegir se entronca con las subculturas que emergieron de las organizaciones. Otro aspecto observado es la cuestión de género, mujeres y hombres, equitativamente incorporados, se constituyeron en narradores.

En la ciudad mediterránea hubo alrededor de dos mil detenidos por causas políticas a partir de la dictadura que iniciara Jorge Rafael Videla. La curiosidad social es acicateada por el número exiguo de ex represaliados que constituyen la comisión de presos políticos, que entre otras tareas peticona ante las autoridades solicitando reivindicaciones a raíz de su condición de ex detenidos, organizan eventos sociales y políticos, gestionan los ex centros de detención convertidos en “museos de la memoria”, impulsan los juicios contra los ex represores, editan publicaciones.

Los integrantes de la comisión atesoran una militancia de varios años, antes, durante y después de la dictadura que dio comienzo en 1976. La militancia estuvo marcada, generalmente, por la clandestinidad. La identidad personal dejó su lugar al “nombre de guerra”; a partir de esta circunstancia constituyeron su “self” o la capacidad de considerarse uno mismo como objeto, al decir de George H. Mead⁶; una objetivación a través de la cual fueron conocidos por sus compañeros y con la cual se insertaron en la vida militante, ocultando rasgos, vínculos y actividades de su vida personal. Son conocidos algunos casos de militantes que formaban pareja y, al ser detenidos, intercambiaban correspondencia utilizando su “nombre de guerra” por desconocer el nombre verdadero. El ingreso a la organización les proporcionaba una nueva identidad, que se nutría sólo de los actos como militante.

Concurrimos a las reuniones semanales, a asados, “locreadas”; empleamos en la investigación la observación participante; una participación que tuvo sus peculiaridades ya que los miembros del grupo viven en sus respectivas moradas, la participación se dio en eventos, en compartir ruedas de mate en la casa de los entrevistados, íntimas ruedas de café, por un fenómeno de indexicalidad en relación con el discurso ideológico pudimos avanzar en la profundidad de la conversación. Además, de las entrevistas en profundidad en cuanta ocasión fue propicia, analizamos material periodístico y material escrito por los detenidos; cuando la emoción del entrevistado dificultaba la conversación, en algunos casos nos remitieron a elaboraciones suyas sobre la situación planteada. Nos favoreció, en el trabajo, el hecho de haber participado en la vida política, y el tener familiares que lucharon junto a los ex represaliados. A pesar de ello no fue fácil llegar a subjetividades que hacía largo tiempo se hallaban abroqueladas. Mead y Goffman nos acompañaron en el camino de reconocimiento de los selfs en la dramaturgia montada en el local de Luz y Fuerza.

Ubicados en la antesala del lugar donde se realizará la reunión, los selfs despliegan todos los elementos que constituyen el acto social: *estímulo*, *percepción*, *manipulación*, *consumación del acto*. Se han constituido grupos de dos o tres personas; el self que llega siente el *estímulo* para actuar que emana de la presencia de los otros, se produce entonces la *percepción*, y elige entre un abanico de estímulos, dando paso así a la *manipulación*, que es la respuesta elegida luego de una pausa reflexiva. Por último, *consume* el acto satisfaciendo el impulso original. Todo un largo pasado se despliega ante el self en este acto social que puede consistir en una inclinación de cabeza, un apretón de manos, un abrazo fraterno acompañado de la palabra compañero/compañera. En este último caso se genera un *gesto signifiante* en el que se

⁶ Mead, George H.; *Espíritu, persona y sociedad; Desde el punto de vista del conductismo social*; Edit. Paidós; España; 1982; Capítulo III La Persona; Págs. 193 y ss.

comparte plenamente el sentido de la palabra “compañero”, sentido construido por medio de múltiples, y a veces arriesgados hechos de la militancia cotidiana.

Ya en el sitio de reunión, se manifiesta la *dramaturgia* definida por Goffman en una analogía con la representación teatral.⁷ Las personas, al interactuar, se esfuerzan por presentar su self de una manera que sea aceptada por los demás. La cultura del actor influye sobremanera en esa actuación a través de la *apariencia* y de los *modales*. La *apariencia* concierne a los estímulos que el actor pone en juego para informar acerca de su status social; los *modales* se vinculan con el rol que el actuante espera desempeñar en la acción.

Goffman sostiene que el actor procura manipular las impresiones a fin de dar una imagen idealizada de sí mismo. La manipulación puede consistir en el ocultamiento de hábitos placenteros secretos incompatibles con su self, ocultar errores; solapar un proceso iría en desmedro de la excelencia de su self; se tenderá a omitir ante la audiencia ofensas y humillaciones recibidas.

El militante de las organizaciones político militares tiene una larga experiencia en la manipulación de las impresiones. Desde el ideal militante debía constituir un self que respondiera a la moral que la pertenencia a las organizaciones demandaba; debía mostrar consecuencia en su militancia, valor en las acciones riesgosas que se emprendieran, guardar silencio en la tortura. Al mismo tiempo, debía mimetizarse ante el resto de la sociedad: ocultar identidad, actividades vinculadas con su participación en esas organizaciones, relaciones con otras personas; todo lo atañente a su persona entraba en un cono de sombras para preservar la libertad y la vida.

Lo anterior está vinculado con el constructo que Goffman denomina *mistificación*, o distancia que pone el autor con la audiencia, con la intención de ganar respeto ante esa audiencia. El militante regula hasta el tiempo del diálogo para evitar expresar aspectos relacionados con su verdadera personalidad. En el caso de los miembros de organizaciones de origen marxista, el self estaba construido a partir de dos fuentes: una teórica, por la cual el militante debía guiarse por la moral comunista según los preceptos del materialismo histórico; otra práctica, configurada por su actuación en la militancia. En algunos casos podían entrar en contradicción entre teoría y práctica. Es el caso de un miembro destacado de una organización guerrillera: fue protegido por un amigo de la organización, que lo amparó en su casa. Allí el guerrillero estableció una relación afectiva con la mujer del protector. Al ser ejemplarmente sancionado, manifestó en su descargo que no se había tenido en cuenta, al sancionarlo, sus años de heroica y consecuente militancia. Esta doble fuente en la constitución del self es también aplicable, con las diferencias teóricas pertinentes, a los militantes del peronismo revolucionario.

Uno de los constructos más fuertes de Goffman es el *estigma*: la distancia que media entre lo que el actor es, y lo que debiera ser. En este caso, lo que el militante fue, y el modelo teórico/práctico al que debía responder. Este autor llama a la primera categoría *identidad social virtual*, y a la segunda, *identidad social real*. También distingue entre *estigma desacreditado* y *estigma desacreditable*. El *estigma desacreditado* supone que el actor conoce o acepta que las diferencias entre la identidad social virtual y la identidad social real son evidentes para el resto de la audiencia. El *estigma desacreditable* implica que las diferencias no son reconocibles por los miembros de la audiencia. El problema dramático de quien está involucrado en el estigma desacreditado es controlar las tensiones que genera su condición; el problema dramático del actor que ha caído en el estigma desacreditable, es mantener el desconocimiento sobre el problema.⁸

⁷ Referimos aquí a la obra de Goffman, Erving “*La presentación de la persona en la vida cotidiana*”,; Edit. Amorrortu; Bs. As.; noviembre 2001. En particular su Introducción, y Capítulos: I, V y VI.,

⁸ Ver: Erving Goffman: *Estigma. La identidad deteriorada*; Amorrortu, Bs. As. 1998; Prólogo y Capítulo I.

Entre los ex presos, el estigma es haber colaborado con el “enemigo”. La colaboración admite diversos grados de estigmatización según las conductas asumidas: algunos ex presos dieron datos tras soportar crueles torturas, y tras su liberación llevaron una vida coherente con la moral demandada por la identidad política que habían asumido; otros, no sólo aportaron datos para entregar a sus compañeros, sino que tuvieron una activa participación en la represión contribuyendo en la búsqueda y captura de compañeros, y hasta torturándolos si los represores lo consideraban conveniente.

En caso investigado podría aparecer un grado intermedio de estigma, entre el desacreditado y el desacreditable: es el caso de ex compañeros sobre los que pesa la sospecha de colaboración -la verificación es de difícil obtención, dado el ocultamiento con el que operaban tanto las organizaciones como la represión, que mimetizaba a sus agentes o creaba el self de traidor en el caso de militantes que quería desacreditar-. En este caso incide la interacción establecida entre la audiencia y el actor: la colaboración para mantener el self, o la destrucción del mismo. En el caso de los ex presos hay cierta heterogeneidad entre los miembros de la audiencia. Algunos están dispuestos a colaborar para mantener el self virtual, otros, optan por destruirlo.

Otorgamos significación al espacio simbólico en el caso de los ex presos estigmatizados. No se presentan en las reuniones semanales en el local del Sindicato, que constituye un ámbito más institucionalizado, donde lo ideológico y las reivindicaciones como ex represaliados cobran más peso. Algunos sí lo hacen en los eventos más informales y abiertos, como asados o “locreadas” que se realizan con distintos fines, o en actos oficiales de restitución de ex centros de detención y tortura. La situación generada por el acto de restitución del ex centro clandestino de “La Perla” se caracterizó por tensiones y discusiones dentro y fuera del grupo investigado ante la posible concurrencia de quienes cargan con el estigma desacreditado.

*“Sólo en la medida en que adopten las actitudes del grupo social organizado al cual pertenece, hacia la actividad social organizada, cooperativa, o hacia la serie de actividades en la cual ese grupo está ocupado, sólo en esa medida desarrollará un self completo”, sostiene Mead refiriéndose al otro generalizado.*⁹

En los militantes de los años '60, '70 el otro generalizado tuvo un fuerte peso en la subjetividad. El proceso se configuró mediante diversos factores: condiciones de vida, motivos ideológicos y fundamentalmente la cultura del grupo. Rescatamos al respecto un hecho relatado por uno de los entrevistados. La organización a la que él pertenecía contaba entre sus miembros con un integrante de la fuerza policial. El policía-guerrillero hizo llegar a la organización insurgente un trabajo elaborado por la inteligencia policial. En el informe se sostenía que los guerrilleros eran amables con sus vecinos, pero que no ahondaban en las relaciones y por ende no posibilitaban el ingreso a sus casas. Que constituirían parejas jóvenes, sin hijos. Y lo más notable, las marcas de cigarrillos consumidas por los miembros de las distintas organizaciones: Partido Comunista, fumaban Jockey Club; Partido Revolucionario de los Trabajadores, Parisien; Montoneros, Fontanares. La aseveración de la inteligencia policial era acertada en la mayoría de los elementos analizados. La estrecha vida en común en la célula llevaba a la construcción de hábitos, costumbres y cultura del grupo. La misma persona entrevistada contó que en la cárcel al llegar un detenido reciente, los “viejos” lo miraban y con gran posibilidad de acierto opinaban sobre la identidad política del recién llegado, lo hacían en base a los gestos, forma de hablar, de vestirse, modos de conducta del arribado. Si bien, semejante uniformidad dentro del grupo ponía en evidencia la pertenencia política, también posibilitaba detectar intentos de infiltración por parte de quienes ponían de manifiesto otros códigos y culturas; estas personas no hacían lo que se esperaba de ellas en circunstancias determinadas.

⁹ Mead; George; Ob. Cit. Págs. 182 a 193.

En las reuniones de equipo los militantes desarrollaban un temario que culminaba en un tiempo dedicado a la crítica y autocrítica. Ambas, crítica y autocrítica, se utilizaban con herramienta de construcción, y a veces de destrucción. Mediante la crítica se eliminaban conductas y actitudes que el equipo estimaba negativas, por medio del boletín interno la crítica se expandía a otros equipos; algo similar sucedía con los materiales partidarios, se forjaba el otro generalizado. El Partido Revolucionario de los Trabajadores publicó una especie de manual de moral revolucionaria, signado por un ascetismo severo y monogámico, que indicaba lo incorrecto aún en la crianza de los hijos.¹⁰

El factor ideológico constituía un factor importante en relación a la cohesión grupal, objetivo que consumía esfuerzos para su consecución era el ideal del Hombre Nuevo, un ideal que involucraba aspectos determinados con antelación, y aspectos a desarrollar desde las prácticas cotidianas. En la cárcel los detenidos debieron recurrir a este bagaje para alcanzar la sobrevivencia.

En el momento de restauración de la democracia (1983 en adelante) la condición de ex preso no era una condición valorizada socialmente; no se trataba sólo del descrédito de haber sido un presidiario, sino que se sumaba la hegemonía ideológica de la “teoría de los dos demonios”, que imprimía automáticamente, ante el común de la gente, el carácter de terrorista o subversivo.

Las duras condiciones de la cárcel – castigos corporales, asesinatos, aislamiento, pérdida de seres queridos- habían provocado, en definitiva, la pérdida de la condición humana. Los represores habían llegado a la autodeificación: a menudo solían decir, dirigiéndose a los detenidos, “*si están vivos, es porque nosotros así lo queremos*”; en esas circunstancias muchos selfs construidos a partir de la militancia quedaron mellados, o se destruyeron. La derrota de las organizaciones político militares a las que habían pertenecido ahondó este proceso; la derrota consumió la vida de los muertos, y destruyó la vida de los sobrevivientes, que deberían iniciar todo de nuevo.

Con sus selfs deteriorados recuperaron la libertad; iniciaron un periodo de reconocimiento, y en las interacciones afloraron inéditas debilidades humanas. Los grupos tendieron a disgregarse. Algunos, emprendieron vidas bastante distantes de lo que había sido su existencia anterior, y otros se refugiaron en la soledad.

Durante la presidencia de Carlos Menem, obligado por compromisos internacionales contraídos por el gobierno, se implementó un resarcimiento económico a los ex presos con la forma de indemnizaciones por el periodo de prisión al que fueron sometidos, indemnizaciones que fueron mejor o peor utilizadas, según las contingencias personales. La indemnización tuvo un carácter reivindicativo solamente en lo económico; la ley de Punto Final y los Indultos, al dar inmunidad a los represores, avalaban de algún modo su accionar.

Los ex represaliados, en esta ocasión, se reunieron formando comisiones transitorias, limitadas a las cuestiones concretas, y no avanzaron en los temas políticos.

La crisis del 2001 implicó un nuevo despertar hacia la participación político social; hay un retorno a lo “local”, y la historia de lo local nacional con fuerte rasgo popular. La lucha social pierde el carácter peyorativo con el cual se la había investido.

Además, durante el mandato de Néstor Kirchner llegó el momento de la reivindicación política para los liberados. Se derogaron las Leyes de Obediencia Debida y de Punto Final; se dio impulso a los juicios de los ex represores.

¹⁰ Referimos al Documento: “Moral y Proletarización”, suscripto por Julio Parra, bajo el seudónimo de Luís Ortolani. Este documento, con algunos comentarios al respecto pueden verse en: “*Políticas de la Memoria*”; Nro 5. Editado por CeDinCi; Bs. As. 2004/05. Asimismo un documento de similar alcance con respecto a la subjetividad del combatiente montonero es: “Código de Justicia Penal Revolucionaria”; dado por la Conducción Nacional de Montoneros, el 4 de Octubre de 1975. Publicado en la Revista “Lucha Armada en la Argentina”; Bs. As.; Argentina; N° 8; Año 3; 2007. En este mismo número, Págs. 72 y ss la antropóloga Ana Guglielmucci da cuenta de la subjetividad militante de un grupo de mujeres con respecto a la moral revolucionaria. Ver: “*Dar la vida y la muerte por la revolución. Moral y política en la praxis militante*”.

Córdoba, local del Sindicato de Luz y Fuerza. Con el self disminuido, un grupo de ex presos vuelven a reunirse para constituir una comisión que los represente.

¿Qué los lleva a agruparse? Exigencias del self, y necesidades del ser humano que porta el self. Desde el self se exige. Se exige justicia, cárcel y castigo a los represores; memoria sobre lo sucedido, que involucra tanto el recuerdo y homenaje a los muertos como la aceptación del carácter político de los ex presos. Estas reivindicaciones enraizadas en el self político están explicitadas en el discurso y en documentos elevados a instituciones gubernativas. El mismo carácter adoptan las reivindicaciones propias de la seguridad social elevadas a la administración pública. Sin embargo, pudimos observar que las problemáticas que afloran desde lo humano – estima, contención, solidaridad – van por un camino soterrado. En una de las reuniones, uno de los represaliados – militante anarquista hace cuarenta años, detenido en Rawson en los días de la célebre fuga - pidió la palabra para exponer problemas personales, vinculados con desempleo y la enfermedad; desde el self le respondieron que ese no era el tema de la reunión, y le reprocharon su conducta, señalando que esa actitud de conmiseración molestaba a los demás. Paralelamente, en forma “privada”, iniciaron acciones para solucionar, en la medida de sus posibilidades, la situación del compañero. Lo humano, cuando no está ligado al self político, tiene un tratamiento casi vergonzante. “Muchos compañeros no vienen, están muy enfermos, se quieren curar con soledad, la soledad no cura, para curarse se necesita la contención de los compañeros”, dice una compañera y expresa el sentir generalizado de los concurrentes a las reuniones. La gran mayoría, podemos arriesgar que todos, buscan la contención de sus compañeros, nadie los puede comprender como ellos, en nadie pueden confiar sino en ellos, ellos son un pasado heroico y pleno en el que se refugian para sobrellevar las adversidades del presente. Allí, en esas reuniones vuelven a “ser”. Hay un self que los impulsa a unirse, un self que en el mejor de los casos es lo único que cosecharon en la vida.

A pesar de su origen común, se puede deducir que el paso de los años le dio mayor heterogeneidad al grupo, las mujeres son minoría, pero las más activas. Ellas conducen el encuentro. Hablan de la situación política y económica del país, de sus problemas personales – por lo común laborales-, de sus reivindicaciones como ex presos políticos.

En negrita se llevará lo que suponemos es el self de las personas entrevistadas, que son las más representativas del grupo.

Las entrevistas se realizaron en el domicilio particular de los entrevistados. Hay rasgos comunes en las casas habitadas por los ex presos; los más interesantes son los que manifiestan anclajes con el pasado. Sus líneas arquitectónicas están muy alejadas del clasicismo postmoderno; representan los estilos propios de los años treinta hasta los sesenta. Remodelaciones de los últimos tiempos sólo obedecieron a la necesidad de incorporar alguna habitación para los hijos que crecían, o de restaurar alguna pared demasiado vapuleada por el paso del tiempo. Se trata, en algunos casos, de la herencia recibida de los padres: de una casa amplia y antigua, con grandes portales y jardín con palmeras – rara avis en una avenida flanqueada por edificios de altura; de un cómodo departamento en zona comercial, con lámparas art nouveau y una biblioteca que da cuenta de pasiones de coleccionista, o de una pequeña casa interior en un barrio tradicional, de revoque derruido, a la que se accede por un largo pasillo con plantas que rozan cabezas y perros que olfatean los pies. Otras, casas en los suburbios, construidas “de a poco”, irregulares, con olor a lavandina y pino.

En el interior son infaltables los libros, lecturas de militancia con claro tema político, u obras del canon literario universal. Tampoco falta el equipo de música, que eventualmente reproducirá las canciones que coreaban multitudes de jóvenes en los festivales de los ´70. La iconografía reitera la persistencia de un pasado militante: retratos del Che Guevara –

infaltables-, pequeños bustos que representan a Marx y a Lenin, fotografías de Fidel Castro, en el caso de los militantes de izquierda; retratos de Perón y de Eva Perón - una Evita joven, con el pelo suelto-, en la casa de militantes peronistas. Otros personajes parecen observar a los visitantes desde las paredes, o desde algún estante elevado: Juana Azurduy, Hugo Chávez, Evo Morales, dan cuenta de otras adhesiones, de encuentros entre latinoamericanos. En la casa de ex presos cuyas compañeras no fueron militantes, esa iconografía deja el lugar a reproducciones neutras, paisajes, o a imágenes religiosas. También están ausentes los libros de tema político.

Quienes fueron obreros fabriles recuperan parte de ese pasado en los pequeños talleres motados en el patio trasero, entre naranjos y limoneros. Mesadas rústicas, herramientas y pequeñas máquinas, un mate, y algún retrato del pasado, casi oculto entre los vidrios opacos.

Susana: maestra, se incorporó a los grupos de la izquierda peronista; su tarea de alfabetización, aplicando el método de Paulo Freire con sus alumnos de las villas de Argüello Norte, la llevó a alejarse de la militancia en el Partido Comunista – quizás heredada de su padre- para integrarse en las filas del peronismo. En la villa conoció a su compañero, peronista y cristiano.

La “rusita”, como la llamaban, tenía una gran capacidad para asumir los problemas de la gente, y organizarla a fines de resolver esos problemas. Por su trabajo en la villa alcanzó notoriedad. La “rusita” fue un apelativo que se extendió, envuelto en cariño y respeto, por toda la zona. A diferencia de su compañero, no incursionó en las tareas militares.

Susana coordina la reunión. Susana es docente, se la ve equilibrada, procurando que sus compañeros no dilaten la reunión repitiendo conceptos. A veces cortante. Susana perdió a su novio en los años 70, desaparecido, siempre lo recuerda. Su actual marido la suele escuchar como si no oyese, o al menos esa impresión puede percibir alguien que los mire con algún prejuicio. Todo en Susana es organizado, es posible que por esta virtud el grupo, caracterizado por su espontaneísmo, la haya elegido presidenta. *“En las cárceles, en los campos de concentración, sobrevivimos por el compañerismo que construimos entre nosotros. Habíamos avanzado en la construcción del hombre nuevo. Solíamos decir “mientras haya un compañero vivo, no perderemos la esperanza”.*

Un tema recurrente en Susana es la tortura. *“Se puede entender que alguien se quiebre ante la bestialidad de la tortura, pero no la colaboración con el enemigo”*, suele decir.

Susana nació en Córdoba, en un hogar de clase media. La actividad del padre, propietario de una librería, la aproximó desde muy temprano al universo de la literatura, y de la cultura en general. Sus lecturas sobre el holocausto afianzaron un profundo sentimiento antifascista. Tuvo que superar las ideas que había forjado sobre el peronismo a partir de la lectura de trabajos de Nadra, Escaro, Codovilla, que ligaban a Perón con el fascismo. Ella suele decir *“cuando me convencí que el peronismo es la identidad política de los pobres y de los trabajadores, me hice peronista”.*

“Como estudiante secundaria – estudió en la Escuela Normal Alejandro Carbó- no participé en los hechos del Cordobazo, pero estábamos profundamente conmovidos. No soy hija del Cordobazo, soy hija de la guerra”

Conoció a su compañero desaparecido cuando él trabajaba como albañil, tarea que ocultaba identidad y residencia; recuerda con nostalgia la fiestita que les hicieron en la villa cuando sellaron su compromiso personal, *“todavía tengo en la memoria el olor a tierra fresca, a flores mojadas, y la rica torta casera que nos hicieron”.* Con emotividad habla de la relación que los unía; tenía la intensidad de una relación de militantes, cuando cada momento se vivía

como si fuera el último, con el goce de la piel joven y la inquietud ante lo incierto ante la posibilidad de la cárcel o de la muerte; se confiaba en el otro como sólo se confía en un compañero, a quien se respeta, y con quien se comparten objetivos que trascienden lo individual. La carencia de hijos hoy la entristece; *“las tareas militares de mi compañero, y el a veces obligado deambular, hicieron que decidiéramos no tener hijos”*.

Cuando fueron detenidos los llevaron al campo de La Ribera; fueron cruelmente torturados. A él lo mataron; ella fue derivada a la Unidad Penitenciaria I. Pasó largos años en la cárcel; allí fue solidaria y diligente con sus compañeras; el afecto compartido mitigó en parte el dolor que le provocó la muerte de su compañero.

“El 24 de noviembre de 1977 a las 6.30 aproximadamente, estábamos de fajina con una compañera, cuando sentimos un ruido sordo, fuerte, subterráneo. Y de inmediato un “jarreo espontáneo”. Los jarros de aluminio puestos en las rejas que daban a la “lorera” (el lugar de las celadoras), comenzaron a agitarse violentamente. Lo mismo que los dos mesones de gruesa chapa donde comíamos y los bancos largos puestos sobre ellos para limpiar. El piso del pasillo ondulaba, como el mar, esa era la sensación, Las “bichas” (celadoras)) huyeron a la planta baja y de allí al exterior. Dejaron a sesenta mujeres encerradas en sus celdas que pudieron ser trampas mortales. Con mi compañera nos fuimos hasta el dintel de la puerta del baño, y de pronto le dije: “corre por el pasillo asomándote al pasaplatos de cada celda, llama a cada una por su nombre, que te vean, que sepan que no están solas. Yo arranco desde la celda del medio, vos hacelo desde el comienzo”. Nunca olvidaré el rostro del pánico, que en cada una tuvo una fisonomía diferente. Las había paradas y duras, con la mirada extraviada, tomadas de la escalerilla de la cucheta; las que lloraban a gritos; las que me puteaban como si yo fuera la “bicha”; las que llamaban a sus madres; las que estaban tiradas en posición fetal. Mi recuerdo es borroso, no por el tiempo, sino que yo también lloraba como loca.

Hacia las 9 de la mañana, después que nos habían abierto las puertas y dejado circular por el pasillo, conseguimos que viniera el Jefe de Seguridad que ordenó que las puertas quedaran sin llave y que al sentir un remesón, nos bajarán al patio.

Después supimos que a las “bichas” las habían sancionado, porque según nos comentaba una compañera abogada no podían abandonar la guardia. El espectáculo del temblor fue dantesco, los “comunes”, desde el callejón, gritaban que nos dejaran salir. El comedor se rajó horizontalmente, una compañera arquitecta explicaba que las rajaduras horizontales eran más peligrosas que las otras. Por un tiempo cuando pasábamos frente a la rajadura la mirábamos con inquietud.”

Al recobrar su libertad, pasó varios años en soledad, hasta que encontró a una persona que le inspiró confianza y afecto, y formó una nueva pareja.

Cecilia: se incorporó muy joven a la guerrilla; su participación en la toma de un cuartel, en la que luchó con heroísmo para garantizar la salida de unos compañeros que habían quedado aislados, le valió la admiración de los suyos, y una condecoración de la organización. Llegó a ser instructora en las escuelas militares de la guerrilla.

Cecilia no se conduce con afabilidad con sus compañeros, cuando discrepa marca y acentúa las palabras con las que argumenta. En esa ocasión mira fijo a los ojos de su interlocutor, inclinando la cabeza hacia delante y hacia abajo, sin bajar la vista. Un gesto raro, pero habitual en ella. Cecilia se encuentra en la etapa final de sus estudios universitarios. Cecilia respeta a Susana y a menudo subestima al resto del grupo, con los hombres establece una competencia, como un reflejo que la impulsa a debatir y disentir. *“Exijamos al gobierno no sólo la entrega de los ex centros de detención y tortura, sino también el encarcelamiento de*

los torturadores. La impunidad de los represores es una afrenta más a los compañeros...”, sostiene a menudo en forma de consigna. Quizás por su comportamiento heroico ante lo tortura, o quizás por resentimiento, por odio, gusta decir “en nuestras actividades no pueden participar los “quebrados”, siempre hay que desconfiar de ellos”

Cecilia nació en el interior de Córdoba. Su familia, integrada por campesinos muy conservadores, le reservaba un destino tradicional para su género: tareas en la casa, ulterior boda. Para poder cursar el nivel secundario, rompió con ellos y se trasladó a la Capital de la provincia, donde se mantuvo con grandes dificultades con trabajos precarios. Cecilia reivindica su origen campesino aludiendo su excepcional sentido de la orientación, cuando se encuentra en la soledad del campo, o cuando se ubica en la ciudad, mirando al cielo.

Inició su carrera universitaria, Trabajo social, en 1971. Se preocupó por tener un buen rendimiento, y no bajar de un promedio de calificaciones de ocho, porque ésa era una exigencia de la organización. Había sido cooptada, al iniciar los estudios universitarios, por otras estudiantes de Servicio Social que pertenecían a una organización guerrillera marxista. Formó pareja con un estudiante de Ingeniería, miembro también de la organización, Y tuvieron un hijo que quedó muy pronto bajo el único cuidado de Cecilia, porque su padre murió en un enfrentamiento con la policía. Para Cecilia, ese hijo constituye un motivo de sobreprotección, casi una debilidad para una persona que presume de dureza.

Tuvo mala relación con sus compañeros en las casas operativas: *“quizás por el hecho de operar con frecuencia, parecía que estaban esperando la muerte. La casa estaba sucia, la ropa, en el lavarropas durante días, no se comía bien. Esa forma de vivir atentaba contra la seguridad del equipo. Ni siquiera vivíamos como la gente común.”*

En su caída tuvo suerte: estaba en la casa de una amiga; el grupo que la detuvo no tenía mucha información sobre ella. Recién cuando le encontraron un papelito con anotaciones de citas se orientaron en la investigación. La tortura fue durísima, *“me tiraron, más muerta que viva, en un hospital”* Sobrevivió porque todo esto ocurría un año antes del golpe de estado.

En la cárcel lideraba al grupo de presas con las que compartía ranchada, formaba parte del grupo que decidía las compras colectivas, cuando había “despensa”; las prioridades eran leche, yerba, queso –si se podía- y cigarrillos, de tres marcas consensuadas previamente: Parisiens, Fontanares, Jockey Club. Cecilia encabezaba las protestas, por lo que en numerosas oportunidades fue confinada en el “chancho”, celda de castigo. *“Los milicos te inducían al individualismo. “No hable por todos, hable por usted”, te decían, cuando pedíamos por algo conjunto. Y si hablabas por ti misma la respuesta de costumbre era un rotundo “no está autorizado por el Tercer Cuerpo” “Acostúmbrese a no pedir, a no hacer demandas”, ya que esto era considerado como un signo de no recuperación”..*

El recuperar la libertad no trajo bonanzas inmediatas, hubo que hacer otra vida.

“Creo que actualmente entiendo más la lógica de la gente, trabajar, no pensar, comer, como en el sueño de Morfeo, y no me siento extraña. Sin embargo, hubo días en que sentí que todo me era ancho y ajeno, sin saber qué hacer. Cómo buscar trabajo, cómo hablar . Debo reconocer que fueron en parte eficaces en su trabajo y, cuando salíamos no había ninguna malla de contención, quizás diagnósticos y propuestas. Cómo me costó al principio, cómo me dolió hasta el alma. Con la gente...cómo poder hacer entender lo que se siente, era una sensación de despegue del mundo. Fue duro el golpe, me dejaron sin norte.

Hoy cuando la tristeza se agazapa, me impongo un máximo esfuerzo de hablar, de seguir, de entender, sino saldría corriendo a desangrarme en lágrimas. Es como que me voy acomodando y entendiendo. Me cuesta vivir este lado tan cotidiano...tan adormecido.

En aquel tiempo teníamos felicidad, seguridad, salíamos a enfrentar la vida, tanto como creyéndonos casi héroes, quisimos jugarnos, creíamos que podíamos desafiar a la muerte.

Vuelvo atrás y necesito pensar en lo que pudo haber sido, sin olvidar como piden algunos, parece que el tiempo les fue amortiguando la historia y sospecho que el corazón.”

Al ser liberada formó pareja con un ex compañero, al que había rescatado en el ataque al cuartel, hecho por el que fue condecorada. El compañero suele afirmar “*desde entonces le debo la vida; en la actualidad, la felicidad*”.

Cecilia comenta: “*El sueño fue dulce, fue alto, hermoso. Y la caída mayúscula. Muchos dicen que somos los fracasados, los perdedores, es cierto que nos dieron por nuestros errores, pero como decía un compañero más nos dieron por nuestros aciertos. Debo reconocer que si hoy estoy bien es porque recibo amor, recibo ayuda...al fin quería vivir, tener una nueva vuelta. En aquellos días, aprendí que el miedo tiene olor, un aroma ácido, plétórico de adrenalina, en los campos tenía su reinado. Nunca me olvidaré cuando en mayo, el veintinueve a la noche el alférez que estaba a cargo del campo nos hizo llevar para que nos bañáramos. Yo estaba menstruando desde el 22 de mayo sin parar. Mis pantalones de jeans eran una sola mancha y el colchón de paja, sangre y miedo. Luego que nos bañamos, por la tarde, a la noche, vendadas, fuimos sentadas alrededor del alférez que decía llamarse Müller. No sé si será ese su nombre, o bien lo tomó prestado del barrio cercano a La Ribera, con la excusa de justificar su pureza de raza. Tengo la sospecha que muchas de nosotras festejamos ese 29 el Cordobazo”.*

Pedro: su militancia política siempre tuvo una fuerte carga familiar. Era hijo de un destacado dirigente peronista revolucionario, y sobreviviente de una familia diezmada por la dictadura. Pedro se incorporó a la guerrilla, para superar el prestigio de su padre, aduciendo que “el viejo” no había participado en la lucha armada.

Se ganó la admiración de sus compañeros: era un joven inteligente, de buena formación política, miembro de una familia con historia en la lucha. Además, simpático y buen músico.

El padre de Pedro integraba el grupo de John William Cooke; se radicó en Córdoba como responsable de esa tendencia en la ciudad mediterránea. Formó su familia, ante la cual mantuvo siempre una imagen de procerato. Recordaba ante sus hijos el momento en que, como integrante de los Cuerpos de Autodefensa del Partido Comunista, se habían apostado en un puente de ingreso a la Capital Federal, el 17 de octubre de 1945, para detener a las hordas fascistas que avanzaban hacia Plaza de Mayo. “*Cuando mi viejo vio que las presuntas “hordas” estaban integradas por sus compañeros de fábrica, dejó su columna, y se sumó a la manifestación.*” Desde entonces había militado en el peronismo de izquierda. “*Tenemos que ser peronistas hasta el día de la toma del poder*”, solía decir.

Pedro estableció con su padre una relación de respeto, admiración y competencia.

Estudió en el Conservatorio Provincial de Música. Allí conoció a una joven, con la que formó pareja durante dos años; cuando la recuerda, agrega: “*nunca acepté un arte aséptico, un arte por el arte mismo. Esta concepción terminó por separarnos*” A causa de su militancia en la JP, resignó becas para completar su formación en el exterior.

Ocupaba un lugar importante en la estructura regional de la JP; a finales de 1975, agentes de los servicios intentaron asesinarlo para facilitar el ascenso dentro de la organización de infiltrados. Pedro se defendió a los tiros, motivo por el cual fue detenido, y puesto a disposición del Poder Ejecutivo. La cárcel le sirvió de “refugio” durante el período del “proceso”; en la calle su familia era asesinada.

A Pedro la dictadura militar le mató 6 familiares, en el presente procura recuperar una sobrina que no acepta su condición de hija de desaparecidos. Pedro perdona la omisión, y se esfuerza

desde la distancia para que la joven mujer recupere su verdadera identidad. Con el tiempo Pedro fue perdiendo capacidad de diálogo, participa poco en la conversación del grupo y cuando lo hace es mediante una broma. “No estuvimos en la cárcel por casualidad, ni porque la dictadura era cruel, estuvimos porque queríamos transformar esta sociedad injusta. Fuimos presos políticos, y nunca debemos olvidar esa condición”, afirma Pedro a modo de recordatorio ante sus compañeros.

“En las situaciones límites lo dramático anda del brazo con lo cómico. Algo de eso me sucedió cuando estaba en La Ribera y en la UP 1. En La Ribera había guardias que conocían a mi viejo y por eso me trataban con alguna deferencia. Una mañana llega un camión con secuestrados de La Perla. Entre los despojos vivientes que tiran en el suelo uno cae cerca de la colchoneta que ocupaba yo. Era una miseria humana, sin pantalones y las entrepiernas llagadas e infectadas. Parecía una calavera con ojos verdes. Al transcurrir los días con pedazos de trapos arrancados a la colchoneta y agua le hacía limpieza, impresionantes e inútiles curaciones. Lo peor era que no quería comer, tenía unos 40 kilos y medía alrededor de 1.80 mts. Entonces esperábamos que se durmiese un poco y mientras deliraba pidiendo que lo maten y que “la Turca no tiene nada que ver”, con una cuchara y entre estertores le metíamos la parte más sustanciosa de un agua tibia y verdosa que llamaban sopa. Y así se mantuvo hasta el día del traslado a la UP 1. Al llegar a la cárcel, después del chequeo, palpado, golpiza y manoseo profundo, nos encolumnan rumbo a las celdas. Nuestro amigo estaba con las piernas rígidas, sin posibilidad ni ganas de moverse. Con otro compañero lo cargamos y avanzamos al compás de patadas y bastonazos, por unas 3 cuadras de pasillo, hasta que apareció una escalera de 80 escalones. Los bastonazos seguían...y por fin llegamos a la celda. Una pieza de 5 por 5 en donde estábamos 24 huéspedes, sin comunicación y sin salir nunca. Cuando se dormía se hacía por una especie de turnos táticos, no cabían todos los colchones, la mitad de los presos se quedaba parados o en cuclillas. Todos los asuntos se hacían en la celda, sin bañarse ni lavarse nunca. Cuatro meses así. Al amigo, se llama Carreras, se lo alimentaba con el sistema de siempre y se le agregó a su dieta cuatro panes extras donados por turnos. Iba superando la idea del suicidio. A los dos meses recuperó el peso, se infló como un globo, hacía mucha gimnasia y empezó a hablar de conducta revolucionaria, de conciencia y algunas cuestiones más. Su ejemplo fue seguido por otros presos. Y él bajando línea, sobre la conducta correcta del preso revolucionario: “mantenerse alertas ante la posibilidad de fuga, extremar recaudos para comunicarse con el exterior, cada uno debe preparar clases de algún oficio o ciencia y la asistencia es obligatoria para todos”. Yo me mantuve disciplinado, pero a veces casi me arrepentí de haberlo salvado.”

Por momentos la reunión se desorganiza, hablan en voz baja pero varios a la vez. Los temas se disparan, es como si de pronto hubiesen entrado a funcionar válvulas de escape y diálogos contenidos por un tiempo estallasen en palabras. Dentro del desorden se los aprecia más relajados. Hablan de lo que desean hablar, no los constriñe un temario. Se han liberado de las formalidades de la reunión. Susana les recuerda cuál es el punto a discutir. Ahora, uno a la vez, interrumpirá el silencio. El Negro está haciendo su propuesta.

El Negro: sus compañeros dicen que siempre en la discusión aporta el punto de vista de la clase. **Una simbiosis:** el Negro, la clase trabajadora. Identificado con esta visión, en las distintas situaciones de la vida él deja constancia explícita de esta identidad. Se siente molesto cuando sus compañeros le dicen que hoy el sujeto revolucionario determinante ya no es el proletariado, como lo era ayer. “No sé con quién van a hacer la revolución ustedes”, suele rezongar.

El Negro anduvo por muchos vericuetos de la vida y terminó siendo zapatero y guerrillero. La etapa de su vida que rescata con mayor orgullo es cuando trabajó en la fábrica, en la FIAT. *“Le dimos una dura lucha a la burocracia; ganamos el sindicato, y fundamos el clasismo cordobés. La avanzada de la clase en el país”*, señala con sorna.

La familia nunca asumió ni aceptó su militancia política; el Negro se sintió menoscabado por ello. Sus compañeros tenían compañeras militantes, en cambio su mujer identificaba militancia con pérdida de tiempo, y hasta con vagancia arrogante, vagancia justificada con raros argumentos. Siempre temió que su mujer delatara a los compañeros que frecuentaban la casa; ella le decía *“te prefiero borracho a militante”*. Al Negro le agradaban las reuniones de equipo, lo percibía como un ámbito donde podía hablar y ser escuchado. Rescata al Partido como educador colectivo: *“la crítica, y la autocrítica en las reuniones de equipo me hicieron una persona mejor”*. El carisma del Negro le acarrea la simpatía de sus compañeros; para él, el grupo de ex presos prácticamente reemplaza la carencia de afectos familiares; este hecho le ha distanciado más de su familia. Hace pocos meses percibió la indemnización como ex preso político, *“fue el mejor reconocimiento de mi vida”*, dijo. El ayer, la sola mención del ayer, llena de orgullo al Negro, *“nuestra organización político militar fue la que puso en jaque a la burguesía, que nos gobernaba desde hacía más de un siglo. Nuestra generación, nuestro partido, fueron lo que estuvieron más cerca de hacer la revolución en nuestro país”*.

El Negro participó de un ataque a la Jefatura de Policía; en la retirada, el vehículo en el que se trasladaban chocó con un automóvil de un particular; se disculparon, y subieron a un taxi. El particular los siguió hasta la casa operativa donde se refugiaban, llamó a la policía, contó el desarrollo de los hechos, y poco tiempo después el Negro y sus compañeros fueron detenidos. Por los avatares kafkianos de la administración judicial, fue catalogado como preso común, aunque se lo destinó a los pabellones de presos políticos. En la cárcel, una vez pasado el periodo más cruel de la detención, donde a las duras torturas se sumó la indiferencia de sus familiares, recobró su sentido del humor. Recordaba ante sus compañeros las contingencias del secuestro de un encumbrado empresario del que había participado: el automóvil en el que lo trasladaban se rompió en la cercanía de la *“cárcel del pueblo”* que le tenían destinada; inspirados por el temor a delatar el lugar, decidieron no recurrir a otro automóvil. Fueron hasta la *“cárcel del pueblo”*, y retiraron una alfombra en la que envolvieron al secuestrado, y soportándolo sobre sus hombros, lo llevaron al lugar de retención. Otros compañeros se ocuparon de arreglar y retirar el vehículo descompuesto.

“En la cárcel nos levantábamos bien temprano, lo primero que hacíamos era gimnasia, si las condiciones de seguridad lo permitían, ya que estaba prohibida toda actividad que nos pudiera hacer un bien. Luego teníamos estudio, libros que se habían salvado de la requisita, descuartizados y las hojas “encanutadas” dentro de un algodón que las cubría y los algodones dentro de los colchones. El Goro sabía en que colchón estaba cada libro. Más tarde el aseo, el arreglo de la escasa ropa. Después el guiso escaso que nos daban, entregábamos los platos individuales al fajinero de celda para que redistribuyese y que nadie se quedara sin algo sólido. A la siesta echarse un rato y recibir un poco del solcito que entraba por las ventanas rotas.

A la tarde caminata, girábamos en redondo en la celda, el Jackaroe cantaba “Santa Bárbara bendita”. La cena, más sopa chirle y una charla para dormirnos. Esto en tiempo de paz, cuando los golpes no interrumpían las actividades. Tal vez no era perfecta, pero esa disciplina fue la que nos salvó, la que nos permitió estar enteros.”

El Negro supo desarrollar buenos vínculos con los comunes y estos tuvieron, generalmente, actitudes solidarias. *“Los comunes nos ayudaban con la “paloma”, una soguita hecha con tiras de sábanas bien trenzadas. Con ella nos enviaban cosas los comunes, de un piso a otro. Tenían más libertad de movimiento, un régimen más benigno, cada tanto mandaban un*

paquete con tabaco, hierba, papel higiénico, chocolate, leche en polvo, azúcar. Mejoraban nuestra dieta y rompíamos el aislamiento. Los compañeros escribían algo que intentaba ser una crónica de los crímenes de los milicos en la cárcel. Escribían sobre el papel higiénico, después se apretaba el papel con un pedacito de plástico, se acercaba un fósforo, el plástico se contraía y quedaba armada la “pastilla”. Esa nota salía de la cárcel por una vía que no todos conocíamos y era el único nexo con el exterior.”

Los constructos del Análisis del discurso aportan elementos teóricos que permiten una aproximación más profunda a las cuestiones abordadas en este trabajo, a partir de los enunciados de los entrevistados. No se propone un análisis de cada discurso particular, sino que se rescatan rasgos comunes que implican una identidad como grupo.

El término “discurso” se interpreta como “*la unidad específica de toda producción lingüística*”; es considerado como “*un hecho histórico: es producido por alguien particular (en nuestro caso, miembros de un grupo organizado), se dirige a receptores particulares, en un momento particular y en un lugar particular.*”

Consideramos que en los discursos sociales, como plantea Eliseo Verón, la problemática que se constituye como instancia fundamental para el abordaje de los mismos, es el de la producción de sentido. Verón afirma la existencia de lo ideológico, en tanto “*dimensión presente en todos los discursos producidos en el interior de una formación social, en la medida en que el hecho de ser producidos en esta formación social ha dejado sus “huellas” en el discurso*”.¹¹

Como huellas o marcas que dejan los enunciadores en su discurso hemos observado: uso de deícticos, especialmente pronombres personales y adverbios de tiempo y lugar; tiempos y modos verbales, modalidades de la enunciación, y subjetivemas, unidades léxicas cargadas de subjetividad.¹²

En el caso de los ex presos, encontramos un lenguaje marcado por connotaciones estilísticas, derivadas de identificaciones ideológicas/políticas, connotaciones afectivas-denotativas, porque aparecen dando cuenta también del sujeto de la enunciación, y connotaciones ideológicas, reflejando tanto juicios de apreciación o de desvalorización acerca del objeto denotado por el sujeto de la enunciación.¹³

A partir de estas marcas, se observaron ejes discursivos que denominaremos como identificaciones y pertenencias, periodizaciones de sus historias personales a partir del contexto histórico-político, exteriorización de mandatos y propósitos, vinculados con los objetivos de la institución y con las ideologías de los integrantes.

Las identificaciones y pertenencias se manifiestan en primer término por el uso de los deícticos -esas categorías cuyo significado referencial está siempre ligado a la situación de enunciación- especialmente los pronombres personales. Cuando evocan tanto el pasado militante, como el periodo de permanencia en cárceles o campos de detención, y cuando aluden a su categoría presente como ex presos políticos, la primera persona plural prevalece sobre las demás: “*sobrevivimos por el compañerismo que construimos entre todos nosotros*”, dice Susana, sumando a la persona verbal (- *imos*, 1º persona plural) el refuerzo semántico del sustantivo “*compañerismo*” y la construcción de adjetivo + pronombre “*todos nosotros*”; ese adjetivo, *todos*, tiene una implicancia de máxima inclusión. El uso del deíctico de persona

¹¹ Eliseo Verón, *La semiosis social. Fragmentos de una teoría de la discursividad*; Edit. Gedisa; Bs. As. 1987; Cap. II “*El tercer término (1976-1980)*”; Págs. 87 y ss.

¹² Fino, Claudia: “Los subjetivemas”. En *Elementos básicos para el análisis del discurso de A.A. V.V.* Editorial: “Los libros del Riel”; 1997. Pág.39-45.

¹³ Fino, Claudia: “*La connotación*”. En *Elementos básicos para el análisis del discurso de A.A. V.V.* Editorial: “Los libros del Riel”; 1997. Pág.63-75.

“*nosotros*”, como del deíctico de posesión “*nuestro*” constituyen marcas constantes en los testimonios de los entrevistados. Los ejemplos se reiteran: *habíamos avanzado, solíamos decir, nos fuimos, conseguimos, exigimos, nuestras actividades, teníamos, creyéndonos, quisimos jugarlos, creíamos que podíamos desafiar, lo cargamos y avanzamos, supimos conseguir*, y otras construcciones del mismo valor. Además del uso de la 1ª persona plural, aparecen verbos marcados subjetivamente: *habíamos avanzado, conseguimos, quisimos jugarlos, creíamos que podíamos desafiar, supimos conseguir*, nos hablan de militantes políticos y gremiales que, enfrentándose con el estado, pretendieron cambiar el sistema político social con acciones compartidas.

Las tres instancias mencionadas: militancia (en organizaciones políticas, o político/militares, o sindicales), la prisión en condiciones durísimas, que requería de lazos solidarios para sobrevivir (como lo comenta Susana, o puede deducirse de la anécdota relatada por Pedro relativa a un compañero torturado), y un presente como organización que demanda a las instituciones a partir de las afrentas recibidas, generan esos vínculos solidarios.

Un lenguaje cargado de subjetivemas (además del deíctico incluso “*nosotros*”, sustantivos: *vínculos, cariño* adjetivos valorativos y afectivos: *fuertes, solidarios*, y verbos: *creamos, mantenemos*- para dar cuenta de un modo de construcción de relaciones entre los ex presos, donde la solidaridad y el afecto adquieren una valoración axiológica destacable. Observamos también en ese enunciado como los adverbios: *hasta entonces, aún*, dan cuenta de una progresividad que se consolida en el presente.

Los adverbios, los tiempos verbales y otras construcciones con valor temporal son empleados a menudo para dar cuenta de etapas que los ex presos perciben en sus historias personales como rupturas significativas, de potente dramatismo por las particulares contingencias que ellos vivieron.

En las entrevistas el pasado previo a la militancia aparece más desdibujado; rescatan sólo algunos aspectos que se relacionan con la ulterior definición ideológica política, especialmente con el sistema axiológico propio de las organizaciones en las cuales militaron.

Susana rescata la militancia de su padre, que si bien no fue la que ella adoptó, implicaba una tendencia de izquierda, y una aproximación al universo de la literatura política y del antifascismo. Cecilia recuerda un pasado campesino para recuperar su habilidad para orientarse, importante posteriormente para realizar los operativos militares.

Pedro, músico, recupera en su negación la necesidad de un arte comprometido: “*nunca acepté un arte aséptico, un arte por el arte mismo*”. Ese adverbio, *nunca*, marca la permanencia de su ideal en el continuo de su actividad. Así, Pedro recupera con afecto – perceptible en la entonación y en el sentido de sus palabras- la memoria de su padre militante “*mi viejo*” en la evocación, en un sociolecto familiar. El uso del imperativo + infinitivo en “*Tenemos que ser peronistas hasta el día de la toma del poder*”, frase de su padre, aparece como un mandato o un designio para su propia vida. En cambio para “el Negro”, el pasado previo a la militancia no es significativo.

La incorporación a organizaciones políticas y gremiales se constituye en una instancia clave en la conformación de identidades:

“*No soy hija del Cordobazo, soy hija de la guerra*” (Susana); “*Le dimos una dura lucha a la burocracia; ganamos el sindicato, y fundamos el clasismo cordobés. La avanzada de la clase en el país*” (El Negro).

Los contenidos semánticos adquieren un efecto de sentido con gran fuerza elocutiva: *hija de la guerra, trabajadores, dura lucha, clasismo, avanzada de la clase*; pronombres en 1ª persona, verbos y sustantivos que denotan militancia e inscripción en un discurso ideológico, dan cuenta no sólo de procesos personales de fuerte implicancia, sino también de un peculiar contexto histórico, identificable aunque no se explicitara el referente temporal “*los setenta*”.

Forman una isotopía, entendida como una red conceptual originada por la selección léxica, que recorre el discurso poniendo de manifiesto el foco del mismo.

En algunos testimonios, ese periodo se instaure como una “Edad de oro” en sus vidas, particularmente por las relaciones que se establecían entre los actores sociales: *“todavía tengo en la memoria el olor a tierra fresca, a flores mojadas, y la rica torta casera que nos hicieron”* recuerda Susana, mencionando sensaciones y objetos simples que connotan afectividad. Para Cecilia *“El sueño fue dulce, fue alto, hermoso”*; tres adjetivos valorativos cargados de subjetividad; el deíctico “en *aquel tiempo*” ubica un momento al que se le asigna valores muy especiales: *“...teníamos felicidad, seguridad, salíamos a enfrentar la vida, creyéndonos casi héroes, quisimos jugarnos, creíamos que podíamos desafiar la muerte”*; las marcas que deja el locutor –*enfrentar, jugarnos, desafiar, casi héroes*– dan cuenta de una actitud que permitió a los integrantes de las organizaciones armadas realizar operativos de alto riesgo; esto contrasta con el subjetivema “*seguridad*”, que suponemos, por el contexto, surge de la confianza dada por la pertenencia al grupo de “*compañeros*”. El uso de verbos que denotan creencia en tiempo pasado –*creyéndonos, creíamos*–, hace suponer que en el tiempo actual la opinión puede haber variado.

En el análisis de esa etapa Cecilia enuncia algunas opiniones críticas, señalando el desorden en las casas operativas. Pero lo hace desde una perspectiva de militante: *“esa forma de vivir atentaba contra la seguridad del equipo”*.

El comienzo de la represión (1975,1976) marcó sus trayectorias de vida para siempre. Las referencias a la muerte, la tortura, el dolor, el hambre, la soledad afloran en todos los testimonios. El discurso de los ex presos se explaya en modalidades narrativas donde se denotan los elementos de las prisiones, connotados frecuentemente por los adjetivos que expresan subjetividad: celdas estrechas, pasillos, rejas, puertas y mesones de gruesa chapa, bancos largos, mesadas de cemento, colchones de paja; guardia cárceles y “milicos” como guardianes y ejecutores de los mandatos del poder.

Aparece el sociolecto gestado en las cárceles: *lorera, bichas, chancho, los comunes, encanutado, fajinero, la paloma, la pastilla*.

A las siempre duras condiciones de vida que suponen las cárceles, se sumaban los particulares maltratos que se impartían a los presos políticos durante el denominado “Proceso militar” (1976-1983). Maltrato físico: *“bastonazos, patadas”*; torturas de las que dan cuenta las *“heridas llagadas e infectadas”*, o la frase *“más muerta que viva”*, de una ex presa torturada; la comida, siempre insuficiente, limitada a veces a una *“sopa chirle”*, analogizada como *“agua tibia y verdosa”*.

A ese maltrato físico se sumaba el psicológico, del que se da cuenta en significantes como *“angustia, incertidumbre, maltrato”*, las “requisas” y demás prohibiciones dan testimonio del aislamiento al que fueron sometidos; sólo *“la paloma”* o *“la pastilla”* permitían la comunicación con los presos “comunes” o con el exterior; el lenguaje (carcelario) de señas comunicaba a los más aislados. *“Soledad y silencio”* (subjetivemas) sintetizan esa experiencia.

Otro tópico importante en el relato de ese periodo, es el de la gestación de lazos solidarios entre los presos: *“fuertes vínculos solidarios”* se manifiesta en frases explícitas, o se infiere del relato de las acciones que realizaban a favor de los compañeros/as.

En ese contexto de identificaciones derivadas de la situación de presos políticos en situación de riesgo de vidas, no dejaban – ni hoy dejan – de marcarse pertenencias ideológicas: PRT, marxistas; Montoneros, peronistas de izquierda.

Pero sin duda la frontera que dividía y divide es que la separa a los ex presos de sus represores. Los militares, policías y carceleros constituyen una categoría que en el análisis del discurso político son denominados contradestinatarios. Son “los enemigos” o los

guardianes no exentos de crueldad, a los que se alude con denostativos como “milicos”, “bichas”, o se habla de ellos con ironía.

Otra frontera, más débil o imprecisa, es la que se gestó en este contexto histórico entre quienes “no se quebraron”, y quienes delataron o colaboraron “con el enemigo”. Hoy motiva desconfianzas y rechazos: “Se puede entender que alguien se quiebre ante la bestialidad de la tortura, pero no la colaboración con el enemigo”, “en nuestras actividades no pueden participar los “quebrados”, siempre hay que desconfiar de ellos”. Ese adverbio de negación, *no*, crea una barrera, y los verbos en tiempo presente la actualizan.

Al recobrar la libertad los relatos difieren en cierto grado, según la contención afectiva aportada por la familia o los compañeros de vida, y las posibilidades de reinserción social. “Debo reconocer que si hoy estoy bien es porque recibo amor, recibo ayuda...”, nos dice Cecilia, quien recuerda su primera etapa en libertad con un discurso marcado por el subjetivismo: “hubo días en que sentí que todo me era ancho y ajeno, sin saber qué hacer. Cómo buscar trabajo, cómo hablar... me dejaron sin norte”. Marcado contraste con sus palabras en las reuniones formales del grupo de ex presos, donde no vacila en llamar la atención a sus compañeros cuando manifiestan preocupaciones exclusivamente personales.

Los entrevistados perciben una continuidad entre los vínculos solidarios nacidos en la cárcel, y los que hoy los unen; en ese sentido, pasado y presente (y aún el futuro) se funden: esos vínculos dan forma y sentido a la organización de ex presos, le fijan objetivos.

“No estuvimos en la cárcel por casualidad, ni porque la dictadura era cruel, estuvimos porque queríamos transformar esta sociedad injusta. Fuimos presos políticos, y nunca debemos olvidar esa condición”, dice Pedro; enfatiza “nunca debemos olvidar”, ubicando en el presente, y proyectando hacia el futuro un mandato mediante el adverbio *nunca*, y el verbo *debemos* en tiempo presente, con un contenido semántico prescriptivo, en una modalidad deóntica.

Construcciones propias de una matriz ideológica compartida, como “construir una sociedad mejor”, u “hombre nuevo”, se constituyen en tópicos o ideologemas que hacen aflorar el conjunto de creencias, representaciones y visiones del mundo de este grupo.

“Exijamos al gobierno no sólo la entrega de los ex centros de detención y tortura, sino también el encarcelamiento de los torturadores. La impunidad de los represores es una afrenta más a los compañeros...”; la propuesta impone un mandato hacia el futuro por el significado del verbo, el uso del modo subjuntivo (en modalidad deóntica), y del plural inclusivo; la *impunidad de los represores* se enuncia como una *afrenta*, derivada de la falta de justicia.

De estas manifestaciones se construye un sentido de compromiso de la comunidad de los ex presos para lograr se restituya la justicia y la dignidad de la que fueron privados, tanto ellos como sus compañeros muertos, por un estado represor, afrenta no saldada en plenitud por el estado democrático.

Para el resto silencioso la reunión fue como un rito en el que participan atentos, acordando en silencio. Un silencio inteligente que no los lleva a intervenir en cuestiones abordadas de forma que estiman acertada. Ya se habían encendido las luces del local cuando los ex presos deciden dar por finalizada la reunión. Dan la impresión de no querer separarse, se van formando grupos de dos, tres, cuatro personas y así salen a la calle

Bibliografía

Carta de Agustín Tosco sobre El Cordobazo. Sitio oficial de la CTA Nacional. www.cta.org.ar
 “Código de Justicia Penal Revolucionaria”; Conducción Nacional de Montoneros, 4 de Octubre de 1975.
 Publicado en la Revista “Lucha Armada en la Argentina”; Bs. As.; N° 8; Año 3; 2007.

- De Ipola, Emilio; *Las cosas del creer. Creencia, , lazo social y comunidad política*: Edit. Ariel; Bs. As. 1997.
 Documento: “Moral y Proletarización”, de Luís Ortolani. en: “*Políticas de la Memoria*”; Nro 5. Editado por CeDinCi; Bs. As. 2004/05.
- Fino, Claudia: “La connotación”. En *Elementos básicos para el análisis del discurso de A.A. V.V.* Editorial: “Los libros del Riel”; 1997.
- Fino, Claudia: “Los subjetivemas”. En *Elementos básicos para el análisis del discurso de A.A. V.V.* Editorial: “Los libros del Riel”; 1997.
- Goffman, Erving: *La presentación de la persona en la vida cotidiana*. Amorrortu, Bs.As., 1971.
- Goffman Erving: *Estigma. La identidad deteriorada*. Amorrortu, Bs. As., 1998..
- Guglielmucci, Ana; “Dar la vida y la muerte por la revolución. Moral y política en la praxis militante”; en: “*Lucha Armada en la Argentina*”; Bs. As.; N° 8; Año 3; 2007. Pág. 72 y ss.
- Licht, Silvia; Agustín Tosco y Susana Funes, *historia de una pasión militante*; Edit. Biblos; Bs, As.; 2004.
- Lozano, J .; Peña Marín C.; Abril, G: *Análisis del discurso. Hacia la semiótica de la interacción textual*; Edit. Cátedra; Madrid; 1975.
- Mead, George Herbert: *Espíritu, persona y sociedad*. Paidós; España; 1982...
- Palací, Esteban D.: *Introducción al análisis del discurso, en Elementos básicos de semiología y análisis del discurso*. Ediciones del Riel. Bs. As., 1998.
- Revista Los '70. *El guevarismo en La Argentina*. Año 1 Número 7. Bs. As.
- Rilzer, George; “*Teoría sociológica contemporánea*”; Edit. McGraw-Hill; Madrid; 1999.
- Sarlo, Beatriz, “*Tiempo pasado*”; Siglo veintiuno editores; Bs. As.; 2007.
- Sautu, Ruth (compiladora); *El método biográfico. La reconstrucción de la sociedad a partir del testimonio de los actores*; Edit. Lumiere; Bs. As. 1999.
- Verón, Eliseo: *La semiosis social. Fragmentos de una teoría de la discursividad*. Gedisa, Bs. As. 1987